

# C O N F E R E N C I A S

31 - ENERO - 1952

## Tartessos, la ciudad más antigua de Occidente, descubierta!

por

Luis Peña Basurto

El anuncio de esta conferencia despertó un interés inusitado y, aun cuando el tema pareciera exótico, Peña Basurto —recogiendo viejas tendencias— relacionó con nuestro País sus, tal vez, sensacionales revelaciones, al menos en un remoto y largo periodo de nuestra Historia.

Inició su discurso haciendo confesión previa de que cuanto se refiere al viejo Imperio Occidental —que se ha dado en denominar Tartessos—, se halla desparramado en un extensísimo acervo bibliográfico y que su única virtud radica en no haber desaprovechado el azar que le llevó a conocer al hombre que más afanosamente buscó Tartessos, don Francisco de Ciria y Vergara.

La proyección sobre la pantalla de mapas, fotografías de las ruinas descubiertas, así como las monedas y vasijas recogidas, aumentó más aún el interés y la curiosidad de los oyentes que rebasaban la capacidad del local.

El guión de la conferencia estuvo dividido en los apartados siguientes: Introducción. — Extracto de la cronología histórica tartessia. Geografía.—Causas de su destrucción y olvido. Historia de su descubrimiento.—Ubicación de sus ruinas. — Testimonios. — Los viajes pre-tartessios y tartessios al Norte de Europa y su probable vinculación con los vascos.—Final. Dada su extensión y bien a nuestro pesar, solamente podemos transcribir íntegramente algunos de ellos.

II. GEOGRAFIA TARTESSIA.—A la vista del mapa general que se proyecta (Fig. 1), observaremos que el Imperio Tartessio abarcaba toda la parte meridional de la Península: desde el río Anas (Guadiana) al Oeste, hasta las vecindades de Denia (Cabo Nao) al Este, y, desde la Sierra Morena al Norte, hasta el Mediterráneo y Atlántico al Sur. Numerosos pueblos más o menos civilizados constituían el protohistórico Reino cuyos reyes, dentro de una monarquía aristocrática, se sucedían hereditariamente. De acuerdo con los estudios del señor Ciria, Tartessos debe situarse en el Fondo del gran seno marítimo antiguo formado en la desembocadura del actual Guadalete y en los

territorios vecinos; desde el brazo occidental del Parker o Ibero, al Oeste, hasta la Sierra de Grazelema al Este y, desde donde el Tartessos cruzaba el inmenso lago Ligur, hasta el Atlántico. De esta superficie una gran parte se hallaba cubierta por las aguas del Lago Ligustino, otra por las del Seno Tartésico y la restante, partida a modo de islas separadas por canales y brazos de río, cuyo conjunto mereció de los antiguos la denominación genérica de "Las Islas", sinónimo de Tartessos. El Monte Abas (Can Cristóbal) de 126 metros de altitud, el Gibalbin (408 mts.) y la Sierra de Grazelema ("La Montaña de Plata" del "Periplo"), serían como hoy los hitos orográficos que identificarían el extenso escenario. Adelantada en el mar frente al mismo Océano, una barrera de islas e islotes emergerían más o menos en la anchísima barra entre los dos firmes continentales. Si, además, tenemos en cuenta que el nivel de las aguas se elevaría dos o tres metros sobre el actual, podremos formarnos una idea muy aproximada de la panorámica que ofrecería el territorio. Los navegantes penetrarían en el Seno atravesando la desembocadura del Ibero, el Sancti Petri de nuestros días, ancha de unos cinco kms. en aquel entonces, y al abrigo de los embates del Atlántico remontarían el brazo más oriental del río guiados por la enfilación que les ofrecería el Fani Próminens (Castillo de San Marcos en el Puerto de Santa María) y el Arx Gerontis (Castillo de doña Blanca) llegarían al "gran remanso circular" que nos cita Avieno, habiendo pasado antes, desde la entrada, frente a las cosmopolitas muelles de Gaddir, Sidonia, Portus Menesthei y Herma-Gaddes.

IV. HISTORIA DE SU DESCUBRIMIENTO.—Hasta Adolfo Schulten nadie logró sentar en forma definitiva la realidad histórica del enigma. La aparición en España —noviembre de 1924— de la primera edición de su "Tartessos" levantó una oleada de expectación y esperanza. En la primavera de 1931 don Francisco de Ciria y Vergara, arqueólogo y publicista, residente en Sevilla, tras años de incansable exploración terrestre y marina, descubrió las buscadas ruinas; en aquel entonces los muelles tenían mayor longitud, en las fincas podían verse capiteles, basamentos y columnas rectangulares, trozos de vasijas, fragmentos de murallas, cimentaciones, conducciones de agua, etcétera, etc. A impulso de su entusiasmo trató de adquirir algunos de aquellos terrenos pero su intento resultó vano. Condujo a tres testigos a las ruinas: don Balbino Salado Guerrero, don José Fernández Gómez y don Manuel Tovar, para que, guardando el secreto, pudieran dar fe en cualquier momento del hallazgo. Tras nuevas prospecciones que le afianzaron en la identificación de las ruinas, la revelación de nuevos testimonios fué cosa relativamente fácil; así, el Castillo de Geryón, Herma-Gaddes, Asta, el Templo de Baal-Moloch, el de la Diosa Inferna, el "Camino de la Plata" de Mainake al Tajo, el Fani Próminens, las necrópolis de Herma y Tartessos, el Portus Menesthei, Sidonia, Munda, etc., todo ello como un conjunto histórico y arqueológico único, extraordinario, hasta entonces echado a voley —más o menos caprichosamente— sobre la geografía de la región. En marzo de 1935, don César Péman publicó en "Investigación y Progreso" un artículo tratando de situar la desaparecida Ciudad en la de Jerez de la Frontera. Entre el 18 de abril y el 11 de octubre de igual año, el señor de Ciria publicó en "El Diario de Cádiz" una serie de veintidós artículos tratando de sus descubrimientos. El 25 de mayo de 1939 el mismo señor de Ciria dirigió a la Real Academia Hispano-Americana, de Cádiz, un informe más concreto. En 1940, don José Chocomeli edita su trabajo "En busca de Tartessos" sin poder determinar nada definitivo. El 25 de diciembre del mismo año, el diario "Ya" pu-

blica una noticia respecto a los descubrimientos del señor Ciria. En 1941, el señor Péman publica un nuevo y documentado trabajo titulado "El paisaje tartésico a la luz de las últimas investigaciones" con igual desalentador resultado que Schulten, Bonsor, Lammerer, Chocomeli y otros. En 1943 y aun más tarde Ciria insiste en sus informes aclaratorios a la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas y, finalmente, en 1945 "Espasa-Calpe" edita el segundo "Tartessos" de Schulten en el que el insigne arqueólogo recoge multitud de nuevos datos obtenidos entre 1924 y 1942 por otros investigadores aunque sin nombrarlos —entre ellos los que he citado— pero manteniendo la idea de buscar la antigua Urbe en el coto de Doñana. Tras una larga, difícil pero interesantísima pugna epistolar iniciada con mi querido amigo don Francisco de Ciria el día 23 de diciembre de 1950, en noviembre del pasado 1951 me persone en el Puerto de Santa María, dominado por la ilusión de comprobar sus afirmaciones y, con fecha 8 de aquel mes tengo anotado en mi agenda lo que sigue: "Conducido por su descubridor, don Francisco de Ciria y Vergara, he llegado a un descampado a orillas del río Guadalete. Evidentemente, de haber existido, estas que veo y piso tienen que ser las ruinas de Tartessos. Obtengo cinco fotografías a pesar de la lluvia y de la falta de luz. ¡Quiera la suerte que sean utilizables como indiscutible testimonio!" Los días 28, 29 y 30 de diciembre, con un permiso muy limitado de mi amigo, publiqué en "El Diario Vasco", de esta ciudad, una serie de tres artículos titulada "Tartessos, la ciudad más antigua de Occidente, descubierta". Un número determinado de ejemplares de tal reportaje está ya en manos de relevantes personalidades técnicas de España y del extranjero con la esperanza de que el problema sea resuelto definitivamente, bien sea por unos o por otros.

Sin duda, Schulten ha sido el hombre que más ha hecho por Tartessos al recopilar y aquilatar profundamente cuantas bases históricas y bibliográficas la Ciencia poseía para descifrar el enigma apasionante, pero en la búsqueda de las pruebas materiales del mismo no le ha acompañado el éxito. Las ha buscado incesantemente, acompañada en ocasiones por hombres como el Profesor Jessen, el General Lammerer, Mr. George Bonsor y don Luis Claus en sus campañas de 1910, 1920, 1921, 1922, 1923, 1924 y 1926, sin lograr sus afanes. Chocomeli erró también al olvidar la tradición mercantil y marinera de la Ciudad buscada, olvido que le llevó a suponerla situada sobre alturas defensivas alejadas del litoral y, Péman, conocedor de todo el territorio tartésico, pasó sobre los vestigios sin darse cuenta de ellos.

V. UBICACION DE SUS RUINAS.—Refiriéndome a Tartessos —tema único de este trabajo— me está permitido decir que sus ruinas se hallan absolutamente en un descampado abundoso en aguas potables, a orillas del Guadalete y a unos 40 kms. del litoral actual. Los muelles de más de cinco metros de altura, como se ven, siguen siendo asequibles desde el mar y hunden sus cimientos en las tranquilas aguas del histórico curso. Avieno, en los versos 284 al 280 dice: "El río Tartessos fluye del Lago Ligustino por abiertos campos, ciñe por todas partes con su corriente la Isla, pero no corre por un solo cauce, ni surca de una sola vez el suelo subyacente, ya que por la parte oriental trae tres bocas a los campos, mientras que con cuatro bocas baña la parte meridional de la Ciudad". Esta descripción que parece un acertijo no lo es ya tanto; Tartessos se halla al fondo del gran Seno Tartésico y precisamente en "el remanso circular" al que en otro verso se refiere. Al territorio todavía se le denomina la Isleta y lo bañan, al mediodía, las aguas ya salobres del Guadalete, el que venía de "La Monstaña de Plata" y "trata el

estaño" y al que, de Oriente a Occidente, se le unían los caudales del Tartessos (El Salado o Abadalejo), como he dicho, y los "bigemini" Besilus y Cilbus (ahora seco caño de San Telmo y Caño Viejo, respectivamente), separando la superficie urbana de Tartessos de la de Herma-Gaddes el río últimamente citado y del que Plinio nos dice que por él "se podía pasar de la Iberia a las Gaddes poniendo un pie sobre la calavera de un asno"; lo que nos prueba que Gaddes no era el actual Cádiz, ya que por muy pequeña que queramos imaginarnos a su bahía, fácilmente podremos rechazar la idea de que fuera vadeable de forma tan sencilla. Además, las aguas del arroyo Canaleja, discurriendo al Norte paralelamente al Guadalete —aunque en dirección contraria— completaría el aspecto insular de la Ciudad.

Hoy, sobre el tajo existente en la confluencia del Salado o Abadalejo con el Guadalete, se levanta la magnífica Cartuja de Jerez. Además de su gran masa, las altísimas y gruesas tapias que la circundan testimonian un alarde de riqueza lítica inexistente alrededor. En realidad, las ruinas de la vieja Ciudad fueron utilizadas por don Alvaro Oberto de Valetto para levantar el enorme monasterio. Mucho más recientemente, ahora, al hacer la llamada Corta del Guadalete para evitar que las aguas saladas remontaran el río inundando las huertas en las mareas vivas, los históricos vestigios que quedaban en 1931 sufrieron otro rudo golpe. Mas, sin embargo, todavía puede verse algo...

VI. TESTIMONIOS.—Además de las fotografías ahora proyectadas (figuras III, IV, V, VI), pruebas irrefutables de lo que yo he visto, el señor de Ciria halló en la base de Monte Alegre, que protege las ruinas por el Norte, un trozo de "Plata Tartessia" que conserva en su poder. En 1938, muy cerca de estos lugares, se extrajo de la marisma el casco corintio del siglo VII antes de J. C. que García Bellido reproduce en la tercera edición de "El Hombre Fósil". Entre otras muchas piezas, mi amigo posee una gran ánfora conseguida igualmente en la marisma, no lejos del Castillo de Geryón; la serie de curiosas monedas que les muestro fueron conseguidas al pie de los muelles de Herma-Gaddes. Por mi parte, en la superficie del enorme amontonamiento de tierra que queda del Castillo de Geryón, recogí la serie de testimonios cerámicos que ahora tienen delante. Finalmente, el camino que conduce desde la carretera a los abandonados muelles de Tartessos está cuajado de fragmentos heterogéneos de mármoles blancos, granitos, cerámica y otros diversos materiales de construcción.

VII. LOS VIAJES PRETARTESSIOS Y TARTESSIOS AL NORTE DE EUROPA Y SU PROBABLE VINCULACION CON LOS VASCOS.—Como colofón, voy a hacerles notar una de las consecuencias que el tema de Tartessos puede tener para nosotros, los vascos. Veamos: De acuerdo con antiguas citas, no podemos dudar que los buscadores de metales pretartessos y tartessos forzosamente hubieron de conocer nuestras costas, puesto que circunstancialmente viajaban por el Atlántica por lo menos hasta Oestrinnia (Bretaña), viejo mercado neolítico del estaño, y cuya ruta supieron guardar secreta durante siglos, incluso después de conquistada su metrópoli por los cartagineses, contra quienes realizaron un intenso contrabando a favor de los restantes pueblos libres de la Península, de Massalia y Roma por rutas de gran longitud: una, al Norte del Pirineo desde el Golfo de Vizcaya, precisamente, hasta el gran puerto del Ródano y otra, más corta, cruzando desde el mismo punto la Depresión occidental del Pirineo para alcanzar el Ebro y llegar, navegando por él, hasta Tortosa. Las referencias que poseemos señalan que el atrevido viaje

náutico desde Tartessos a Bretaña —únicamente posible durante una corta época del año— llevaría a las pequeñas naves unas cuarenta singladuras teniendo en cuenta que sólo podrían navegar de día; tal viaje se prolongaría algo más todavía si llegaban a atracar en la Península de Cornualles (Inglaterra) para recoger directamente, sin intervención de los Oestrymnios, el preciado metal. Siendo así, ¿por qué no admitir que hace cinco mil años los ligures pobladores de la Bretaña continental, los mismos siluros colonizadores de las Islas Británicas y, posteriormente aun, los tartessios mismos no conocerían perfectamente nuestras costas penetrando en sus escondidas rías, en los seguros estuarios del Ibaizábal, Deva, Oria, Urumea, Oyarzun, Bidasoa y Adour? Así, ¿cómo rechazar la idea de que todos aquellos intrépidos marinos, bajando o subiendo hasta el fondo del Golfo, no tuvieran absoluta precisión en ocasiones de refugiarse en ellos, llegando a crear y sostener en sus orillas colonias o bases de apoyo y que, una vez instalados, explotaran valiéndose de los indígenas —seguramente en pleno paleolítico— secretos cotos mineros perdidos en la verde, selvática y áspera orografía del País, máxime cuando tenemos indicios ciertos de que las minas de Ardi-iturri, por ejemplo, vienen siendo explotadas ininterrumpidamente desde tiempos muy remotos y, concretamente desde la ocupación romana por lo menos? Es posible que esto fuera así porque nuestras profundas rías les permitirían acercarse con seguridad hasta sus mismos vértices, cargando unos en ellos plata, plomo, cinc e incluso hierro, o bien a otros descargar sus codiciados alijos de lingote de estaño para transportarlos por mar hasta el Estuario del Tajo y por tierra, a lomo, a través de las montañas hasta Barea en las proximidades de Logroño, haciéndolos llegar por vía fluvial a Tortosa o distribuyéndolos antes en el interior celtibérico. En mis trabajos de investigación cuatro nombres he hallado que pueden constituir un dato interesante y curioso en que apoyar mi teoría: Tartus, en la costa de Siria actual; Tartis o Tarschisch en uno de los recovecos del enorme delta del Tartessos o Ibero, en el Atlántico; Tortós en otro del mediterráneo y Tartás en la parte hoy francesa del Golfo de Vizcaya, emplazado también en terrenos prediluviales a orillas de un afluente del Adour. Este cuatrinomio de analogías toponimicas no puede ser mera coincidencia, ya que los tres nombres, además de ser extraordinariamente similares, responden a una misma razón de estrategia comercial dentro del neolítico.

Por si esto fuera poco, el desconocido massaliota que escribió el "Periplo" señala como principio del litoral peninsular el "lugum Veneris", promontorio litoral en el que existía un templo dedicado a Venus Marina, diosa de los navegantes en aquel tiempo —coincidente con el de la misma deidad que existió en la desembocadura del Ibero— y cuyo emplazamiento en el fondo del Golfo de Vizcaya Schulten pretendió fijar en el Cabo Iguer, aun cuando mejor pudiera situarse en algún punto litoral del estuario del Urumea. Otro dato interesante es el de que en las montañas de esta zona pirenaica únicamente, hemos catalogado y reconstituido cerca de 180 "cromlechs" situados entre los ríos Arriège y Leizarán, de Este a Oeste, y desde el Jaizkibel, al Norte y a la vista del Golfo, hasta los altos puertos de Ezkurra y Belate, al Sur. Estos sencillos monumentos líticos de origen mediterráneo, circulares u ovalados, aislados o tangentes, vacíos o tumulares y que continúan siendo indescifrables en cuanto a su utilización práctica, también pueden tener relación con este trabajo. En efecto, colocados tan prolijamente entre los dos únicos de Galicia (Casitérides) y los monumentales de Bretaña (Oestrymnia) y precisamente en la misma ruta que señalan los de Inglaterra (Albión), Irlanda (Ierne), Dinamarca (Frísia) e incluso la Península Escandinava —con-

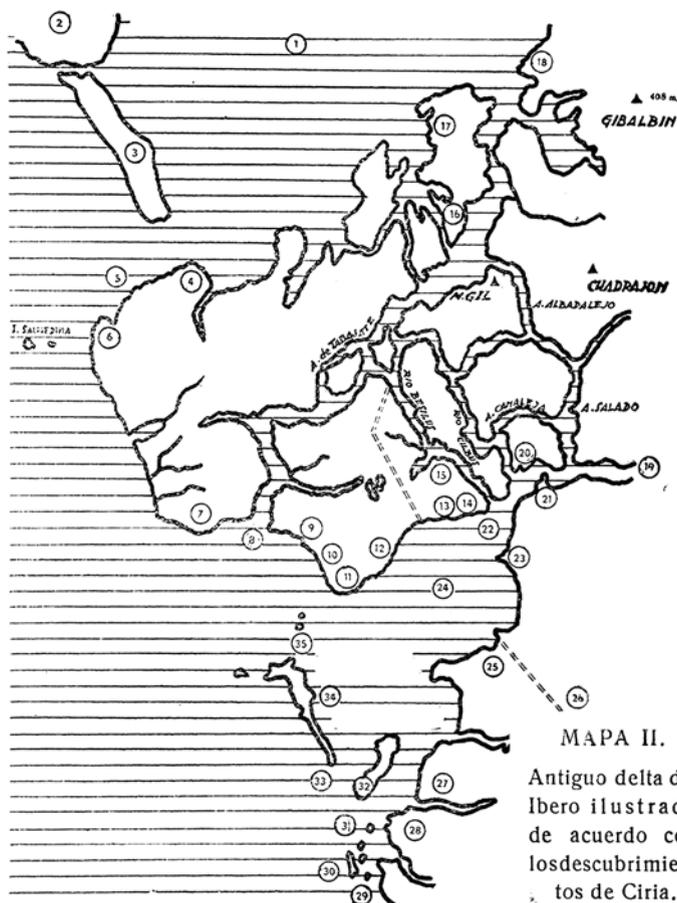
junto situado todo él a “extramuros” del mundo civilizado de entonces—, en países metalíferos y en el mismo camino oceánico del estaño sólo conocido por los pretartessios y tartessios, no parece sino que con ellos se hubiese querido señalar el punto del entronque explorador de una antiquísima cultura en constante viaje que pudo llegar simultáneamente subiendo del Sur o bajando del Norte. También la religión de nuestros mayores fué coincidente con la de los tartessios, adoradores de las fuerzas naturales y deificadores del Sol, la Luna y la Estrella vespero-matutina, según lo acreditan los historiadores y una moneda fundida en “oricalco” —Fenicia falsificación del oro y que no era otra cosa que simple latón— que mostró el señor de Ciria recogida por él en Bailo (Tarifa), la antigua Bolonia de los antiguos y que ahora tienen reflejada en la pantalla. Por añadidura, una gran multitud de nombres históricamente vetustos de ciudades, pueblos y lugares esparcidos por toda España muestran raíces comunes con nuestro idioma euzkaro y, lo que es más sorprendente, sólo pueden ser traducidos gracias a él, revelándonos descriptivamente la fisonomía o el carácter físico del punto al que se refieren: por no citar más que algunos que la Historia no ha perdido en relación con este trabajo, citaré los siguientes: IBERO=anchuraso caudal; GIBALBIN (Monte Gibalbin), de GIBEL=cortadura; UBIDE (Ubeda)=camino de agua; ASTA, de AST=peña; ILIBERRI (Granada)=ciudad nueva; MUNDA, de MUNDAA=lugar de colinas o ribazos; OLEASTRO (histórico bosque que existió entre Tartessos y la Mesa de Asta), de curioso parecido por nuestro OLEARSO; ORDUBA (Córdoba), TABIRA, ERBI, ONUBA, ULIA, URSOA, ILIPA, ILUCHO, etc., etc., que han sido recobidos, estudiados y discutidos por filólogos como Garibay, Moguel, Astarloa, Larramendi, Humboldt, Hubner, etc., etc.

El mismo Aranzadi escribió: “Los vascos no son un cuerpo extraño en Occidente”. Larramendi: “Si el primer poblador de España, bien sea Tarsis o Tubal, les oyera hablar hoy a los guipuzcoanos les entendería sin discusión y sin intérprete”. Lewy: “Me inclino a ver en el vasco la típica lengua occidental antigua”. Tovar, recientemente ha dicho aquí en San Sebastián: “El vascuence nos permite rastrear el occidente prerromano y preindoeuropeo. Y cuando descubrimos sus conexiones con el Oriente, con lenguas del cuarto milenio, como el sumerio y también con lenguas africanas, el misterio se rodea de resplandores más atractivos”. Pericot, en “La España Primitiva” refiere que en los dólmenes de El Argar se observaron elementos antropológicos vascoides y añade: “...nos parece que ha de tratarse de pueblos distintos con lenguas diversas pero con milenarios contactos que han dejado su huella en el idioma. Esto sin excluir la posibilidad de unos vascos originarios que hubieran adoptado una lengua española primitiva y la conservaron”. Entonces, ¿nos hallamos ahora a punto de llenar el vacío histórico que es de notar entre nuestro mesolítico retrasado y la Edad de Hierro? ¿No son antiquísimas nuestras tradiciones metalúrgicas, marineras y pesqueras como las de los tartessios? ¿Qué opinar del vasco campaniforme con decoración incisa, del dólmen de Pagobakoitz y del hachita de bronce, perfectamente fundida, de la cueva de Zabalaitz? ¿Qué son los dos incisivos humanos tallados en forma de V hallados en el dólmen de Argarbi, de sorprendente paralelismo etnográfico con costumbres en uso todavía en Asia y Africa? ¿Qué de las más extrañas danzas del País, abundantes y variadas como en ningún otro pueblo, cuando todos los historiadores coinciden en que el baile constituía la diversión favorita de los tartessios? ¿Qué de los llamados “agotes”, los que viven de los demás, según traducción del señor de Ciria, en germanías? ¿Qué del fondo báquico, astuto y audaz de nuestra propia idiosincrasia? ¿Qué de nuestros “akelarres” tan semejantes a los “misterios” orientales? ¿Cómo expli-

car las viejas tocas femeninas de siglos atrás, cuyos prominentes apéndices representaban quizás signos reminiscentes de las prácticas fálicas de determinados pueblos antiguos del Mediterráneo? ¿Qué de ciertos personajes fantásticos que toman vida en algunas de nuestras leyendas? ¿Qué de ciertos brutales juegos nuestros, caídos en desuso, tales como el "Antzar-joko" y "Oollo-joko" cuyo ritual y desarrollo representan expresiones de bárbaros y salvajes suplicios de origen asiático que, hasta hace poco, todavía eran practicados con prisioneros de guerra por determinados pueblos aurásicos? ¿No nos consideran algunos etnólogos como de raza ligur y no eran ligures, como los oestrymnios y los tartessios, los hombres que crearon la civilización de Los Millares, y no era denominado Ligur el Lago que cruzaba el Tartesso o Ibero? ¿Es tal vez caprichosa la cita histórica que puebla de turasates e iluros la zona vasco-francesa comprendida entre el Adour y el Pirineo cuya capitalidad fué denominada Iluro, el Olerón de hoy? Pueblo sin Historia, nunca invadido en el estricto sentido del vocablo, perdido en uno de los rincones más miserables, selváticos y húmedos de la Península, lo mismo que ha venido recogiendo incesantemente fragmentos de fondos culturales de múltiples civilizaciones perdidas. ¿Cómo negarle la posibilidad —en el punto actual de las investigaciones— de que haya podido recoger igualmente materiales civilizadores muy vigorosos, quizás básicos, del como él también, misterioso pueblo del mediodía, que como está probado navegó por el Cantábrico miles de años atrás?

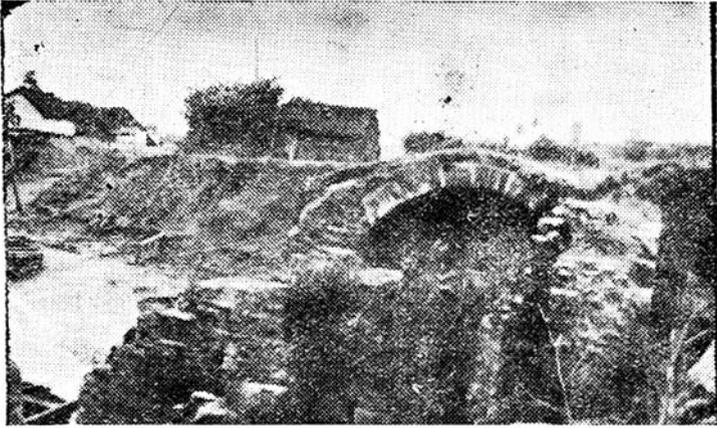
VIII. FINAL.— Cualesquiera que sean las vinculaciones existentes entre las culturas pretartessias con nuestro pueblo vasco, volviendo a las viejas ruinas descubiertas, es seguro que se discutirá lo que mi amigo afirma. yo he visto y ustedes han contemplado reflejado en el lienzo, pero si se dijera que no pertenecen al buscado testimonio, entonces, ¿qué son? ¿A qué ciudad antigua o moderna pertenecen tamaños muelles de cinco metros de altura, emplazados donde están, a 40 kms. de la costa moderna? Muelles, cloacas, algibes, necrópolis, murallas, todo. ¡Todo! puede ser identificado a la luz de los datos vertidos por historiadores y geógrafos de la antigüedad. Ciertamente, del gran conjunto tartésico apenas les he dicho nada. Poseo una multitud de datos que una promesa formal me impide revelar. Sólo quisiera que el empeño que he puesto en la empresa, sirviera para salvar lo que la Nación posee y nada ha hecho para salvar. Hallándose en trande de desaparición absoluta, sería imperdonable que rápidamente no se hiciera algo eficaz que garantizara su conservación, como patrimonio del Estado. Si logro que los que deben y pueden se ocupen de investigar sobre estos muelles y cuanto les rodea, entonces es seguro que habremos conseguido unir definitivamente a los extraordinarios testimonios de Tarragona, Sagunto, Coaña, Sante Tecla, Ampurias, Itálica, Garray. etc., los de Tartessos, Herma-Gaddes, el Castillo de Geryón, Asta y Munda.





1. Lago Ligur. (Marismas del Guadalquivir).—2. Coto de Doñana.—3. Cerro del Trigo (17 m.). Excavaciones de Schulten.—4. San Lucar de Barrameda.—5. Boca occidental del Betis o Ibero. (Guadalquivir).—6. Chipiona.—7. Astharot. (Rota).—8. Mar Flora y Río Anthemos o Florido. (El Salado de Rota y el Tabajate).—9.—Templo de la Dea Inferna.—10. Dunas de Fuenterrabia.—11.—Templo de Baal Moloch. (Castillo de Santa Catalina).—12. Fani Prominens (Castillo de San Marcos en Puerto de Sta. María).—13. Herma o Gadum.—14. Arx Gerontis. (Castillo de D.<sup>a</sup> Blanca).—15. Necrópolis de los Gigantes y Monte Abas. (Sierra de S. Cristóbal, 126 m.).—16. Mesa de Asta (81 m.).—17. Trebujena.—18. Ciudad Ligur. (Nebrija).—19. Río Tartessos. (Guadalete).—20. Tartis o Tartessos. (La Isleta).—21. Necrópolis Tartéssica. 22. «Bigemino». Lugar denominado «Junta de los Ríos», en el que en poca distancia convergen todavía: El Besilus (A.<sup>o</sup> Carrillo), El Cilbus. (A.<sup>o</sup> San Telmo), El Ibero (Salado o Albadalejo) y El Tartassos (Guadalete).—23. Castillo de Ferro.—24. Gran Seno Tartéssico. (Marismas del San Pedro y Guadalete).—25. Sidonia. (Puerto Real).—26. Camino de la Plata.—27. Sicania. (Chiclana).—28. Templo y Oráculo de Menesthei.—29. Boca oriental del Tartessos o Ibero. (Río Sancti Petri).—30. Isla Nera.—31. Templo de Hércules. Gadeira. 32. San Fernando.—33. Faro de Caepión. (Torregorda. Desembocadura del Arroyo Arillo). 34. Isia Sarpadonia.—Gaddir.—Necrópolis. Cádiz.—35. Templo de Saturno. (Islote y Castillo de San Sebastián).

(Los nombres en negrilla son los contemporáneos al gran Emporio de Occidente).



*Figura III*



*Figura IV*



*Figura V*



*Figura VI*